

Alberto Baeza Flores.

## Conducta y poesía

DEFENSA DE LA POESÍA,



En tiempo en tiempo vuelven a suscitarse, favorablemente, problemas eternos de la poesía. Actualidad y circunstancia frente a eternidad y entraña; pugna entre lo momentáneo externo y lo interno—solo—que vale, por humano, para siempre.

El tiempo conmovido no es impedimento para un análisis del problema; mejor, aviva y crea la necesaria defensa del hombre universal amenazado, hace cavilar en su pasado y aviva la fe en que no muera su porvenir, y, sólo de una manera puede ser salvado: creando y continuando su mundo aun en la mayor adversidad, matando a la muerte con la propia, íntima y sola creación.

El ingenuo no lo cree así. El fácil y falso, en todo, corre a cargar a las circunstancias, que él dice «singulares», su pereza y su distracción mayor. Como muchos se distraen, se hace también hombre de distracción general y en su comodidad no hace más que soslayar lo sagrado del hombre y su cultura, su continuidad y su mañana. Cree que existe una irresponsabilidad colectiva, y cuando no la haya, la inventa. Resulta ingenuo pretender que la distracción parcial es tal que obliga a la distracción total del alma, que la época—en majadera repetición—inhibe completamente todo trabajo serio en la cultura,

y que, como por arte de magia, como si hubiera caído una espada en medio, el hombre pierde su historia y cierra su libro de mañana.

Siempre ha habido hombres de vigilancia callada y sobria y gentes de fanfarria total; pregoneros de mercado y hombres de puertas adentro—de estudio y soledad—. Cabría, en la poesía, hacer esta distinción necesaria; los que corren a lo ocasional y se distraen, y los que van a lo eterno y velan. Quien ande tras lo ocasional queda preso en la misma ocasión interesada, es decir, morirá con la ocasión, o aun antes que ella. Sólo quien sea capaz de quedarse con lo hondo de sí y toque en ello lo hondo universal, a fuerza de ser íntimo y profundo; sólo quien trabaje, sin posible contagio engañador de fanfarria y circunstancia, podrá levantar esa obra que tenga un verdadero contenido de hombre y,—en lo posible—de eternidad.

Si bien es cierto que la cultura necesita un clima de tranquilidad, mínima paz y bienestar—bienestar de época, de año y de persona—nunca puede perderse a sí misma. Puede recogerse en sí, pero no callarse ni dejar de laborar. La vida personal se da con el consiguiente dolor y la necesaria alegría, aun en la mayor paz. La parte de dolor junto a la parte de alegría es intransferible también en la cultura y la poesía.

Huir de la circunstancia engañadora y despistadora del bello trance superficial no dicho. Defensa de la poesía—reiterada defensa de ella—ya que precisa ser defendida de propios y extraños; defensa no sólo del fatuo oficial, del falso poeta—poetastro, poetilla, poetón, podeta—del ciego del alma, sino del creador mismo, también, de la comodidad del propio creador, del momentáneo error suyo que podría cargar a otras cosas su vigilancia interrumpida.

Dos ejemplos, muy diferantes y singulares, en tiempo y espacio diverso, me llegan a la isla—a mi isla mayor—y ambos parecen estar de acuerdo en lo humano esencial. Uno es el de un poeta de poesía consciente, de vigilia plena — Juan Ramón

Jiménez— y su voz alerta para la defensa de una poesía sin claudicaciones momentáneas: el otro, el de los jóvenes poetas —y adultos por el logro de su obra—del grupo «Mandrágora» de Chile, que dan hoy la máxima—y me atrevería afirmar que única, afirmación de recto ejercicio y defensa de la poesía joven en América, en medio de años distraídos, amenazados de una atmósfera dañina y asfixiante. Dobles ejemplos, que vienen a juntarse. El de una madurez plenamente trabajada, comenzada a fines del siglo pasado, en el poeta español universal, hecha vigilancia perenne a fuerza de trabajo y soledad; y, por el otro lado, la poesía tan contraria en orígenes—surreal y onírica—de los chilenos, pero con parecida intención de salvación y defensa de la poesía. «Defensa de la poesía» han titulado uno de sus folletos, los poetas Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez. Responden de una manera cierta a un tiempo acediante: creando.

#### HISTORIA DE «LA MANDRÁGORA».

«La Mandrágora» tiene una historia de la cual no está exenta—la aureola de magia y de misterio, de salvación y alegría. Algo así como el don eterno de la poesía que, los poetas de que hablo, quieren expresar.

«La Mandrágora» crece en la sombra y con los ríos, y su flor nace inmediatamente de su raíz, algo así como el sueño y el inconsciente—ido—que brotan asaltando al hombre de la vigilia.

Se cuenta que Aníbal destruyó con la Mandrágora a sus enemigos. Les dejó toneles de vino con raíces de la planta, que ellos bebieron, envenenándose o adormeciéndose. Desde entonces, o antes, ha estado rodeada la Mandrágora de una reputación grande y ha conquistado no pocos vigilantes. Ya Pitágoras hacía la fuente de comparaciones bellas, y Teofrasto y Plinio hablan no poco de ella; Alexis la invoca, Júpiter la re-

cibe de sobrenombre y Maquiavelo le dedica una de sus obras. Hombres y dioses se vinculan a ella.

Algunos confiesan que gemía humanamente al ser arrancada, otros, que duplicaba el dinero que se encerraba en su raíz, asegurando la dicha a quien la poseía, pero, era necesario cogerla debajo de un patíbulo. Para que la mano del hombre no la tocara, se la arrancaba con ayuda de un perro.

Pero la Mandrágora no es sólo esto. Es, además, lo que concilia el sueño, calma los dolores y los cánceres, y mejora las mordeduras de animales venenosos; en la Edad Media, entraba en la composición de los filtros amorosos; Mandrágora era también un demonio familiar de los antiguos, hombrecito sin barba y de cabellos esparcidos; en Alemania, la voz «abruma», significa, desde los godos, bruja, raíz de Mandrágora. Leyendas más antiguas la sitúan en el Paraíso Terrenal, y en Francia la voz de hechicería se cambia por hada—*manda gloire*, *main de gloire*, *maglore*—.

La poesía entra a ser ese brebajo saludablemente venenoso, venenosamente saludable, lo que no significa que con la voz «Mandrágora» quieran los poetas colocarse bajo la advocación de los puramente malditos, sino que quieren reaccionar contra la cotidianidad, lo oficinesco y vulgar a que se ha entregado el creador, siendo necesario sacarlo de su tono panfletario y callejero, volverlo a su interna locura, a su favor delirante y creador, a su callada soledad plena, a su oscura tierra en donde sólo puede hallar su luz de dolor y alegría, su camino de sueño y experiencia. Quieren volver a la trascendencia del acto creador, no renunciar al hombre. De ahí que nieguen mucho para afirmar mejor. Afirman con su negación. La poesía de Chile encuentra en ellos la opción mejor a la continuidad de su mejor poesía anterior—Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Pablo Neruda, el anterior, y tal vez Angel Cruchaga Santa María, afirmado en su obra de ayer.

«Mandrágora»—lectura de poemas, publicación de revistas y libros, polémica saludable—ha contado con la bella labor de los poetas Braulio Arenas, Jorge Cáceres, Teófilo Cid, Enrique Gómez Correa, y luego ha agregado algunos más: Fernando Onfray, Gonzalo Rojas Pizarro, Mariano Medina, Gustavo Osorio, Mario Urzúa y Eugenio Vidaurrazaga.

El frailuno de la poesía, el perro eterno que debe ladrar inútilmente, les habrá colgado los sobrenombres que quiera—europeizantes, desasidos, etc.—. Ellos responden, y han respondido creando. Son antiburgueses, antifascistas, antiimperialistas, pero también son antiapoetas porque estiman en mucho el acto creador.

#### AMÉRICA CONTINENTE DE LO ANECDÓTICO.

Keyserling—viajero despierto—nos vió no sé qué cara continental cuaternarísima, levadura de los primeros tiempos de la vida del hombre en la tierra. Dormimos, a veces, ese sueño de los batracios, pero, tenemos también nuestro continente anecdótico, y lo llevamos, entre cielo y tierra, como quien arrastra sus cadenas. Es lo anecdótico lo que nos impide vivir una cultura más universal.

América fué, en mucho, una gran anécdota para la corona de España, superada, en parte, por uno que otro hombre de ciencia y de humanidades que nos enviara la península. Los criollos hemos seguido viviendo sobre esta gran anécdota sin conectar lo suficiente la cultura indígena a la española—eterna y universal—sin conectarnos, en la síntesis, a la necesaria raíz universal patria de la gran tradición de donde nace la cultura.

Vivimos con lo apresurado y en lo apresurado, preocupados de nuestro pequeño negocio inmediato, y a pérdidas con el grande de la cultura y de la mejor vida en un mejor saber.

Nuestra cultura y nuestra poesía están sembradas de anécdotas y se pierden entre ellas, pero no por falta de un asidero

para la cultura verdadera, sino, por pereza mayor en conectar la gran raíz universal de una España eterna a la raíz también universal de una cultura indígena también eterna, uniendo, en ambos ríos ese otro gran aporte de las demás culturas universales, y haciendo de todas, por ese amor central y ordenador, la expresión humana, por onda y por seria, que debemos buscarnos.

Es hora de terminar con el mito del continente joven o nuevo, con que queremos disculparnos en nuestra pereza para alcanzar esa síntesis de todas las culturas de donde debe arrancar todo conocimiento verdadero para ser personal.

La seriedad de la vida y de la creación, de lo humano esencial, viene a ser la necesaria antianécdota. Como a la muerte, se mata a la anécdota en el trabajo interno, por solitario y callado, y también por verdadera luz nacional y universal de la creación.

#### LOS FALSOS DISPARADEROS.

Dos errores principalmente confronta nuestra actual poesía joven americana, vale decir, dos caminos errados, dos disparaderos que pueden llevarla al momentáneo agotamiento y a la fea perdición.

Una parte de nuestros poetas imita el mal relumbrón cansado de esa mala parte cansada de la actual poesía española, cuando no se dedican, como bajo una consigna común, a repetir todo lo externo floral de la poesía lorqueana.

El bello aporte universal de hoy de la obra de Juan Ramón Jiménez, de un Pedro Salinas, de un Jorge Guillén, de un Luis Cernuda, de un Vicente Alexandre y de un Juan Larrea, significa una apropiación y un trabajo muy serio en la sensibilidad y recreación no sólo de la poesía española anterior sino de muchas otras poesías. Significan la conexión a lo universal

de la poesía de hoy por el camino de la herencia de la anterior, y de la inteligente y sensible revaloración de ella.

Quien pretenda acercarse a cualquier poeta verdadero por el camino del oportunista mal interesado y no por el del amor, quedará frustrado en su intento ya que por el hecho de ser síntesis y ampliaciones de la poesía anterior, ninguno de los poetas nombrados, podrá entregar sus fondos y sus verdades, a quien ignore ese manadero central común, de donde mana el material indispensable al oficio, y sólo al amor, a la paciencia, a la suprema donación, podrá entregarse una obra que fué meditada y sentida con amor, con constancia y con la necesaria soledad profunda.

Existe esa comodidad de quedarse en cuartas o quintas o sextas fuentes, y existe la comodidad de no ir a la poesía primera española, por ejemplo, a la época de sus cancioneros y sus debates, a su tesoro anónimo escondido. Existe la comodidad de quedarse con el que viene a ser una séptima y octava circunstancia de lo anterior, y eso,—lo que es reprobable—durmiéndose en él como si fuera su doble.

No quiero insistir en los fatuos que hacen asco a lo europeo por temor a la influencia y que, como por no coger las mejores se han de quedar fatalmente con alguna, se apropian de las más torpes entre las más vanas. Tal tipo de presuntuoso de aire vano no puede pertenecer a la cultura.

El otro sector—externo también—es el que se entrega a la furia de lo panfletario, creyendo que hacer poesía social y revolucionaria es hacer la poesía externa pura, olvidándose del alma y la persona. Ellos se entregan a esa otra comodidad disfrazada, creen eterno lo que es mero accidente; y se disculpa con ésto y con aquéllo como si la poesía y la cultura (como si el hombre y su mundo), fuera cuestión de sucesivas disculpas. Traicionan a la una traicionando a la otra, traicionan a la poesía traicionando a la revolución.

Estos falsos rebeldes culpan «al tiempo», a «su tiempo» «demasiado especial», de no poder hacer cosa mejor. Decir que el tiempo es externo querría decir que la revolución y el hombre de hoy y su mundo eterno son también externos. Se olvidan de la personalidad del hombre que es por la cual deben luchar, y quieren entrar en una especie de irresponsabilidad colectiva, con el «será más tarde», olvidando que se trata de crear pueblo pero de individualidad fuertes, y que si pueblo es personalidad, por ello es opuesto a señorito que es lo amorfo y lo vano. Da en lo curioso que este afán colectivista ha venido a ser el último refugio de los que fracasaron en el intento de una poesía personal y honda.

Los poetas de «Mandrágora» resuelven el dilema creando un mundo cada vez más personal, más particular, más de cada cual. Uniéndose a la cultura universal, al hombre universal de verdad, de belleza y de justicia, pero sin claudicar en ningún momento apoltronándose en una comodidad momentánea.

Quedar es ahondarse: quedar, es traspasar lo que se ama y nadie puede amar si no tiene una individualidad que exponer.

De ahí que «Mandrágora» sea una saludable reacción en nuestra joven poesía americana de hoy, porque son diversas individualidades para la poesía, para el sueño, para el amor, para la revolución, para la libertad.

Que el poeta sea lo más humano posible, y que haga su obra para sí. Sólo de esta manera lo hará también para los otros. Mientras la haga pensando en Pedro, Juan, Diego, en el niño de la esquina, la mujer de enfrente y la vecina del lado, sufrirá tal distracción que no será ni él, ni Pedro, ni Juan, ni Diego, ni ninguno de sus vecinos ni vecinas.

Es la particularidad, la individualidad, lo que hace próximo y útil al individuo frente a los otros; es el cultivo del propio y personal predio lo que lo hace cobrar valor para los demás. Quien no es individual—una personalidad—no puede ser colectivo. Lo colectivo no será otra cosa que un conjunto de

individualidades, de dignas soledades. Primero, crearse un alma, luego, lo demás.

Mucho más fácil y cómoda es la actitud del revolucionario gritón y externo que pide a la poesía y a la cultura volcarse en panfleto sólo en externidad pura. Pero, la verdadera y única actitud del poeta revolucionario, no puede ser otra que esta defensa del mundo del hombre libre y sin trabas, hacia una creación no sujeta a determinadas ni anteriores consignas de momento, porque sólo el poeta es quien puede— y debe determinar en su poesía, y no habrá resolución de consejo o de régimen que quiera encaminar a la cultura o al hombre en contra del hombre y la cultura que no lo quieren.

#### FLOR Y DELIRIO.

Las «constantes» clásicas y las «constantes» barrocas, han ido entrelazándose en la historia de nuestra poesía, hecho histórico que ha sido vuelto a apuntar por Guillermo Díaz Plaja en su interesante libro «La Poesía Lírica Española».

Clasicismo, Renacimiento y Neo Clasicismo han encontrado sucesivas reacciones en Edad Media, Barroquismo y Romanticismo, y esta presencia de lo barroco, con que oponemos a los últimos a los primeros, es fenómeno que produce el equilibrio general en el desarrollo histórico de la poesía, algo así, como los desahogos indispensables entre tiempo y tiempo de una aspiración cabal, oposición, en la historia de la poesía como en la historia del hombre, de lo dionisiaco a lo apolíneo, y reacciones mutuas de una manera de sentir hacia la otra.

Ni es el momento, ni la oportunidad para defender lo que no precisa ser defendido, lo que de por sí, por su hecho histórico y humano, se defiende solo y halaga con pruebas suficientes por el lugar primero y casi definidor en la actual poesía universal. La búsqueda del surrealismo de las zonas misteriosas, mágicas y sagradas del alma; la intromisión en el mundo sub-

consciente donde parecen borrarse esas señales artificiosas que el hombre levanta en vano en su vida consciente, para aparecer hijo de la verdadera naturaleza, indica bien a las claras que se trata, por su furor y por su destino, de un nuevo deseo de desahogo del mundo del hombre, de una nueva actitud de defenderlo hasta de su misma falsa revolución si es necesario. Todo ello es interesante en sus consecuencias en nuestro continente.

La limpieza del hombre, buscándole sus apetitos primarios, e irracionales, la actitud que entraña—en vida y obra—una actitud tan revolucionaria, y una reacción tan evidente a la externidad pura a que el hombre y sus maneras de vida se han visto empujados, no puede ser un hecho cualquiera para la actual poesía joven americana.

Hay en la actitud rebelde, de una gran ebriedad de espíritu, de un fuerte y directo retorno al yo esencial, un deseo cada vez más activo de volver a la poesía recreándola en sus originarias raíces.

Díaz Plaja anota entre el romanticismo y el surrealismo, características y reacciones parecidas, entendiendo la obra de los surrealistas como una última derivación, y agotamiento del romanticismo. La tendencia a lo fantástico, hacia los pozos más incontrolados, la sinceridad apasionada, la desesperación de la incomprensión del mundo circundante, la apasionante posición política, son para Díaz Plaja síntomas de afinidad.

El surrealismo viene a ser el romanticismo lo que es el hueso para el fruto, o sea, la parte luminosa y honda, pero, la distancia entre lo consciente y lo inconsciente es tan evidente que entra a ser una vida diversa y con leyes tan apartes que sólo queda como un sueño más esta afinidad de comienzo encontrada.

En toda actitud seria hay concesión a las circunstancias particulares y hondura universal que se libera de la circunstancia y entra al terreno eterno y humano común, en su sín-

tesis posterior. La naturaleza rebelde, violenta, directa, hizo que se viera en el surrealismo, en un principio, una posición de luces y de juego, en medio de las luces y juegos de Dadá. El destino era muy otro. Lo que para algunos era una posición más ha sido el movimiento más importante de este siglo para la poesía, y la investigación más seria del hecho lírico y sus consecuencias, extendiéndose a una investigación en la plástica y en los hechos de la vida del hombre y su revolución. Sus consecuencias no han pasado en su vigilancia ejemplar. De él se ha nutrido lo mejor de la poesía de los últimos quince años, y especialmente, los que pretenden negarlo y denigrarlo.

Hay varias maneras de negar el surrealismo, pero aparte de la ignorancia de él y de su contenido, de la meditación insuficiente en el hecho lírico que representa, la manera más de acuerdo a la improvisación de este falso asidero en lo americano universal, sea la vanidad plena, el resentimiento mayor.

Quiérase o no, en momentos de angustia y de asedio para la poesía y la cultura, como estos de hoy, se mantienen en pie las razones fundamentales de busca de nuevas fuentes líricas, de desentrañamiento de honduras insospechadas, o señaladas a medias o a cuartos y quienes quieran llamar a una actitud vigilante, enseñadora y de seria investigación, «refugio» o cosa parecida, que se atengan a lo que ha sido siempre la poesía: búsqueda constante y nunca satisfecha del hombre y del mundo misterioso que lo rodea.

Un hecho que afecta tan directamente al hombre, que está creando junto a círculos de belleza nuevos círculos de conocimiento, nuevas maneras de vivir y de sentir, en la entraña misma, trabajando desde dentro hacia afuera, cogiendo con lo externo lo interno, y rotando siempre en lo más íntimo y hondo, no puede tener el fin de una moda más o una actitud falsamente interesada. Su contenido y su pasión humana quedan.

En lo que entraña a nuestro continente, nos es necesaria esa limpieza moral que una actitud así impone, una revisión

libre y, si aparte del gran aporte lírico no hubiera otro, éste desentumir nuestro acartonamiento criollo, nuestra trascendencia insuficiente y vana, ya sería conquista valiosa y efectiva.

Ha ido rodando en América una gran mentira de casta, de vida y de destino. Nos faltan muchos gritos «bárbaros» en medio del corral de convenciones y prejuicios que somos, y me atrevo a pensar que este remover la conciencia primera y los orígenes libres y espontáneos del poeta americano, son el gran paso hacia la apropiación de su gran conciencia de hombre de su tierra y de su universalidad conquistada.

Frenamos de continuo nuestro mundo y el mundo, y necesitamos esas vueltas al furor primero para que nos remueva y despierte. La actitud de los poetas de «Mandrágora», implica una postura no sólo frente al hecho lírico sino frente a las manifestaciones de una vida total y franca. Son—en cierta manera—esos «bárbaros» que nos imponen revisiones morales y sociales con una actitud directa, primera revaloradora de los impulsos de origen siempre olvidados. La vuelta al instinto central.

En cuanto a su poesía, a la poesía, son esos espontáneos gritos solidos de no sé qué honda mina oscura, esas confesiones como a pesar del poeta, las que hacen más adorable la poesía.

La poesía que siempre ha sido una desvelada confesión, y el modo de descargarse del hombre, de sus terrores, de sus sueños, de sus angustias y sus deseos, vuelve a encontrar en ellos fidelidad de expresión.

El hombre primitivo vaciaba su mundo directamente en los fenómenos de la naturaleza, convirtiéndola en poesía inmediata, siendo ella todo el molde de su poesía, pero el misterio ya no es el sol maridado de la luna, que se buscan en el cielo, ni los dioses que navegan y pelean en la tormenta, como creen nuestros indios araucanos del Sur, sino la poesía — el poema— donde se vacía ahora, mejor, el hombre y su misterio. El hom-

bre ha ido cambiando el objeto de su descarga, el molde en quien vaciar sus símbolos eternos y universales, las imágenes y los fuegos que saca de la infancia y adolescencia los descarga, mejor, en el poema, y hace de su experiencia manantial vivo de confesiones.

Parece que el hombre se ahoga de tiempo en tiempo, o a pesar de los tiempos. Las confesiones de un Rimbaud y un Lautreamont son sacudimientos patéticos, reacciones fuertes de desentumecimiento esencial. A una actitud meramente negativa como Dadá, Bretón respondió con una actitud seria, sustancialmente constructiva como la surreal. Dió con el terreno, la seriedad y el furor eterno para labrar las nuevas y necesarias confesiones. En ellas trabajan los poetas de «Mandrágora». En tanto que Jorge Cáceres y Braulio Arenas, se mantienen dentro de un surrealismo más o menos puro (que al fin será diverso y personal al de cualquier otra parte, por el clima otro de América en que viven) los demás con Teófilo Cid y Enrique Gómez buscan en «Mandrágora» una especie de recreación —de nueva creación—partiendo de lo surreal. Con todo ello—saludable revisión; y oposición bella — ganará la poesía que siempre está bien en un clima de interrogaciones, inconformidades, que son las que la hacen afirmarse y avanzar. Con todo, me parece la obra de Jorge Cáceres la más bella y brillante de toda esta hermosa y viva poesía, la de Braulio Arenas, la más trabajada en una técnica dominada, la de Enrique Gómez, la más desvelada, la más próxima a la viva pasión. En todo caso la de Jorge Cáceres quedará con el rango de «divina» frente a las otras dos mejor construídas.

Pero, más que de este sector o del otro, borradas las pequeñas o grandes diferencias fundamentales, queda siempre substancial la cifra personal, y de poesía, y mientras no se busque el oportunismo, el efecto mal interesado, la vanidad, «Mandrágora» dará siempre expresiones del hombre y su poe-

sía calurosa mientras busque hondura y seriedad, en la vida y la poesía.

## OBRA Y EJEMPLO.

Los poetas de «Mandrágora» han opuesto a la comodona, interesada e intrascendente, de los sectores jóvenes de nuestra actual poesía, una actitud de seriedad en obra y vida. Así, la obra entra a hablar en forma inobjetable y la vida a dar el material—libre y bello—para la obra.

Como suma y síntesis pueden destacarse las siguientes publicaciones: «El mundo y su doble» y «La mujer Mnemotécnica» de Braulio Arenas; «René o la mecánica celeste» y «Pasada Libre» de Jorge Cáceres; «Bouldroud» de Teófilo Cid; «Las hijas de la memoria» de Enrique Gómez Correa; «Ximena» de Braulio Arenas, Jorge Cáceres, Enrique Gómez; «Defensa de la poesía» «Defensa de la Mandrágora», siete números de la revista «Mandrágora» y la hermosa exposición surrealista de Jorge Cáceres y Braulio Arenas, en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, que aunque aparece como desligada ya de «Mandrágora», puede entenderse también como la suma y síntesis mejor de toda una actitud laborada en los últimos cuatro o cinco años.

De algunos números de «Mandrágora» escojo algunos ejemplos, de imagen y tono, de esta bella temperatura poética donde trabaja como una flor alucinada y perversa, honda y siempre hermosa, «Mandrágora». Son estos bellos ejemplos como las luces de un cielo revuelto lleno de angustia y hermosura, en su dolor y en su delirante furor transido. Espontaneidad firmemente trabajada.

JORGE CÁCERES.—«Un gran viento juega con la hora del jardín». «Yo escucho tus manos entre las hojas boreales—Tu mano es esta que me conduce—Hacia una fuente pública»

«No obstante tú avanzas estos días—A través de las calles inútiles—Ignorando que yo sueño para ti—El aire igual un frío riguroso—Que yo escribo para tu cabeza pasajera el más inútil de todos mi textos» (Banco). «Desde hace mucho tiempo las nubes juegan al rebaño—Las nubes de ciervos volantes—Esperaran a la caída de las hojas—En un portal de vidrio a la caída del idioma» (Vista de pájaro). «La vida de una ala de un solo sueño—Como un simple que busca su pequeño reposo—Y maldice toda aventura del cielo más próximo—para no morir en el viraje—De un sol negro». «Yo he nacido de mis gestos, los gestos de la envidia—Y de mi propia miseria—Toda mano de miseria que conduces—Me saluda esta tarde—Es mi fiel defensora». «Escucho tu voz sobre las calles blancas—Sobre muros que el cielo mece—Escucho a mi corazón hilar para ti».

BRAULIO ARENAS.—«El hombre lucha en pleno sueño, se sacude de su poder con todas sus fuerzas pero sin lograr desprender de sus párpados ese animal feroz y centelleante, el ave de la muerte armada de sus propios cantos, mientras su voz (una garganta invisible hace dilatarse el mundo para contener sus gritos y sus ecos) mientras una voz se escucha a la que ÉL responde: NADIE me ha herido». (Depuración del amor) «Bellas ballenas—cruzan como un jardín recién aclimatado», «Donde un árbol coral apresa la sangre—Cuando las últimas nubes se diluyen—En el desierto de sus semejantes». «Las mantas de estrellas desconocidas» «apenas los dientes nos miran como escualos». «Los números del piano—el piano, el piano de cáncer—el cáncer frenético. «No hay cuidado no hay aire—el viento se pierde en los ojos gaseosos—y pasa a través de poesía (El salvaje vulcanizado).

ENRIQUES GÓMEZ CORREA.—«Alcanzaría como nunca esa zona libre del sentimiento—Donde ella es la inolvidable». (Espectro del amor) «Tu amor que hablaba delante de una playa

—Sorpresa por lobos—Sorpresa de tu amor». «Con más luz que el sueño de un ciego—Que abre las puertas de un amor—Que trastorna el oído. «En busca de ese cuerno que divide los cielos—Y aun los archipiélagos y las islas de su alma» con esa seguridad del durmiente—Hasta llegar al espanto». (La certidumbre del terror). «Miradme soy increíble como la noche». Con la furia del hombre que ha hecho—Del orgullo el aire mejor respirable». «Hemos abandonado a nuestras novias—En un festín de perros degollados». Nubes del amor, nubes de la noche—Restituidme a las fúculas ardientes de mis sueños». (El lobo habla a los perros).

TEÓFILO CID.—«El sol que nada adentro del sol original». «El mundo se acaricia a sí mismo—Cuando pasa en cada sombra». «Un oro que riega los caballos delirantes». (Los ojos dispersos).

MARIANO MEDINA.—«Es para el hombre la pupila amarga del día que nace—es para la rosa el suspiro imprevisto». «El tiempo cuida de su polo trágico». «En cada ojo un dolor». «Y hay árboles llenos de ojos—pidiendo que satisfagan—sus atracciones vegetales. (Hacia el surrealismo).

GUSTAVO OSORIO.—«Con un color destruido en cada mano desolada». «Todo lo resplandeciente—Todo lo que dista del vértigo—Es lento—Y gira entre los pasos» (Raíz de la huella) «La sangre golpea su espanto ciego y los lugares se cubren de redes invisibles». «Me he habituado a la sombra como al beso». «Así estaban las cosas menores, los peces, el resplandor, las encendidas calles, los recuerdos no recuperados, entré a la claridad abierta del luto» «yo creo todavía que cada grano de sal aumenta el olvido». «Cada puerta que se abre echa una raíz al sueño. ¿Dónde estabas cuando un signo marchito pesaba entre mis brazos a punta de ceder?» «Cada espejo me señala el

daño negro que cae de la tarde, cuando la memoria va demo-  
 liendo sus muros, socavando su lágrima. Sólo mi nombre sueña  
 entre la bruma de los duelos que adiestran la espina». Mi tiem-  
 po ha sido como una impetuosa y perdida furia. De un lado  
 a otro girando, con el manantial que acrece su agua saludable  
 cada noche. Ojos me rodean, levantan mi desgarrada estatua».  
 «El número de los cielos aumenta cuando andas». (Evasión y  
 retorno).

MARIO URZÚA.—«El bosque de la ribera mueve sus hojas  
 de luz».— «Los ojos llenan el aire». «El bosque de piedra lla-  
 ma». «El bosque de la ribera sigue viviendo su noche». (In-  
 molación).

#### SUMA AUGURAL.

Cada tiempo trae su mensaje. Cada generación el suyo. Y  
 los tiempos y los mensajes coinciden en la suma esencial hu-  
 mana intransferible. Varían los accidentes y el hombre perma-  
 nece con su mundo de angustias, de amores y terrores. Volver  
 a levantar las experiencias de la poesía para dar una nueva  
 expresión de ellas, con el sello del tiempo y del espacio diver-  
 sos y siempre eternos, es labor de todo buen creador.

Mientras el hombre tenga ojos para sí, para su naturale-  
 za y su destino no podrá extraviarse. Lo esencial es que vaya  
 donde vaya no se extravíe de lo suyo—humano y universal—  
 Lo esencial es que la poesía vaya donde vaya no se extravíe  
 de las raíces del hombre y del círculo que lo rodea sin perder-  
 se a sí misma.

Mientras muchos dudan y vacilan, mientras la abrumado-  
 ra mayoría de jóvenes poetas, culpan en América, a circuns-  
 tancias, a ambiente, a dejación y a malas naturalezas, la gran  
 pereza para levantar una poesía personal y de valor, los poe-  
 tas del Grupo «Mandrágora» levantan contra circunstancias,

ambientes, dejaciones y otras fallas o achaques, de los otros, la única obra que ha de hablar cuando se quiera y cuando deba: el trabajo evidente de una poesía laborada en el hombre para el hombre, buscadora de la belleza, del mundo, y de su entraña.

#### NOTA Y JUSTIFICACIÓN FINAL.

Con la mayor independendencia de juicio que regala la distancia he querido ver en esta «Conducta y Poesía», una zona interesante y bella de nuestra actual y joven poesía americana.

Lejos de estimar este juicio sobre «Mandrágora» y sus poetas, como un juicio añejado por la actual división en las dos corrientes que en él mismo señalo, lo creo tanto más necesario cuanto que significa—para mí—una revisión a la distancia de momento tan interesante, y dejarlo como señalado—en el momentáneo rumbo de eternidad de nuestras cosas—en nombres y obras necesarias.

Nada significa que saludablemente los poetas Braulio Arenas y Jorge Cáceres publiquen hoy sus obras bajo la indicación de «Ediciones Surrealistas en Santiago de Chile» y que tiendan a un surrealismo internacional o universal. Nada significa que saludablemente, también, los demás del grupo continúen bajo el amparo de «Mandrágora». Toda discusión será siempre favorable a la poesía, cuando se revisan posiciones. «Conducta y Poesía» quiere ser esta visión a distancia—geográfica—y próxima—en efecto—y querer su afán de rara e imposible síntesis nunca suficiente y alcanzada, en todo caso de anhelo hacia esa suma indispensable.

La Habana, noviembre 1942.